

manifestando la dolorosa sorpresa de la muerte del presidente y fundador, su gratitud por lo recibido y el compromiso de fidelidad a sus enseñanzas, agregando que desde esa fecha el retrato de Soaje, junto al del Padre Julio Meinvielle, debajo de la Cruz legada como recuerdo del también socio fundador, el sociólogo Dr. Roberto Brie, de la Virgen que el presidente tenía en su despacho y del búho de Minerva, presidirían todas las tareas del Instituto, para el cual se abría una nueva etapa, dentro de la cual se prepararían homenajes académicos.

Concurrieron a la Misa numerosos familiares, discípulos, amigos y socios del Instituto, entre ellos la señora Angélica de Elías de Soaje y cinco de sus hijos, nietos, y entre otros, la Sra. María Isabel S. de Brie, los Dres. Jorge Portela, José Luis Rinaldi, Gerardo Palacios Hardy, Antonio Caponnetto, Juan Eduardo Leonetti, Juan Manuel Medrano, Juan B. Thorne, Patricio Fox, Félix Lamas (h), Juan Manuel Sanclemente, Mario Cibeira, Luis Roldán, Pablo Garat, Ignacio Garda Ortiz, Héctor Hernández, José Sacheri, Javier Barbieri, Rodolfo Follari, Cristián García Zárate, el arq. Patricio Randle, el ing. Juan Rego, los Sres. Fernando de Estrada y Florentín Cornejo, las Dras. María C. Donadio de Gandolfi, Maia Lukac de Stier, Laura Corso, Ximena Rocha, Susana Beatriz Vázquez, el Lic. Witold Kopitinsky, el Tte. Cnel. Santiago Alonso y el prof. Tomás Rego.

Cultivador de la filosofía práctica en la mejor línea de la filosofía cristiana, maestro de una numerosa escuela, tradicionalista siempre consecuente y ejerciente, recibió en su casa hace años a S.A.R. Don Sixto Enrique de Borbón, quien ha conservado siempre la amistad con él y su numerosa y ejemplar familia. Descanse en paz.

AGENCIA FARO (31-III-2005)

II

No recuerdo bien cuándo trabé conocimiento epistolar con Guido Soaje. Sí recuerdo, en cambio, la llegada a la redacción de *Verbo*, en la sede madrileña de Speiro, de los números de la

revista *Ethos*, de gran interés, y donde la personalidad de su director se hacía presente por doquier, pero sobre todo en extensas y eruditas informaciones bibliográficas que (más allá de los estudios y notas) enriquecían notablemente su contenido. Álvaro d'Ors, por cierto, siempre preocupado por los distintos registros de la literatura científica, solía criticar con frecuencia el hábito de encargar las reseñas bibliográficas a los becarios e investigadores principiantes, e insistía con gran razón en la conveniencia de que las realicen los intelectuales maduros. Guido Soaje dio abundantes muestras de compartir el juicio orsiano. Recuerdo también haber leído por entonces un luminoso texto suyo sobre "la politicidad del derecho", así como haber sabido de sus litigios con la Sociedad Tomista Argentina y de sus tomas de posición en favor de la liturgia romana tradicional y en general de toda la doctrina y la disciplina anteriores al marasmo que siguió al II Concilio Vaticano y del que no puede decirse que éste no hubiera, al menos en parte, propiciado.

Cuando en 1996 viajé por primera vez a la Argentina, tras unos gratísimos días en Mendoza (ciudad en la que me reuní con numerosos amigos, pero en particular con don Rubén Calderón, desde entonces uno de los más queridos y admirados), me detuve en Buenos Aires y, naturalmente, visité una tarde, ya de anochecida, a don Guido en la sede de la calle Viamonte del Instituto de Filosofía Práctica que él había fundado y dirigía. Casi coetáneo de mis maestros Francisco Elías de Tejada y Juan Vallet de Goytisolo (el primero muerto en plena madurez en 1978 y el segundo felizmente en plena actividad), la conversación fluyó naturalmente hacia ellos y hacia sus respectivas obras, que conocía bien, tanto la enciclopédica de carácter histórico-doctrinal del primero, como la de matriz filosófico-metodológica del segundo.

Más tarde, al organizar las II Jornadas Hispánicas de Derecho Natural, en la estela de las convocadas por Elías de Tejada más de veinticinco años antes, se encomendó la ponencia inicial y la conclusiva a los más admirados *seniores*. Juan Vallet, que en los setenta había cerrado la edición precedente, desarrolló la primera, mientras que Guido Soaje pronunció el discurso de clausura. Fue la ocasión en que tuve ocasión de tratar más ampliamente al

maestro argentino, pues pasamos una semana en la Córdoba peninsular (él que venía en compañía de su mujer desde la Córdoba de la Nueva Andalucía), junto con los cerca de cincuenta presidentes de sesión, ponentes y comunicantes. Su *autoritas* se evidenciaba con total naturalidad. Y no sólo respecto de los otros colegas argentinos, los profesores Bernardino Montejano y Félix Adolfo Lamas, sino también de los chilenos Juan Antonio Widow y Gonzalo Ibáñez o del brasileño Ricardo Dip, queridísimos amigos. Todos los asistentes se lucraron de sus intervenciones en el plenario, pero también de las conversaciones de café o en los almuerzos y cenas. En concreto, ante el alegato en pro de un iusnaturalismo *light* que coló de rondón (aprovechando la presidencia de la sesión que le correspondía) un colega peninsular que comenzó su carrera a la sombra de Elías de Tejada, y hoy ha preferido lícitamente recorrer otros predios, la reacción del maestro Soaje, secundada por sus discípulos argentinos, puso en su lugar al interviniente imprevisto e impertinente. Y sobre todo los fueros de la verdad. Verdaderamente que Elías de Tejada no hubiera sino aprobado con calor la respuesta contundente de Soaje.

A partir de ese momento no hubo visita mía al Río de la Plata en que no le rindiera grata visita (que en alguna ocasión concluyó en un almuerzo en compañía siempre de Juan Antonio Widow) o, a partir de su traslado a Alta Gracia, llamada telefónica. A veces, como el último año, fue él quien se adelantó, llamándome para saludarme, con gran delicadeza, antes de la conferencia que sobre Rafael Gambra dió en el Instituto de Filosofía Práctica de sus amores, revitalizado precisamente por Bernardino Montejano, que lo ha convertido en uno de los hogares del pensamiento tradicional argentino. Y también para reprocharme cariñosamente que no hubiera aceptado su invitación para hablar en la Universidad de Córdoba y así visitarlo en Alta Gracia. La relación fue, pues, arraigando con la frecuencia del trato. Al recibir los *Anales* de la Fundación Elías de Tejada solía escribirme y, en ocasiones, me confiaba textos para las revistas que curo. El último, si no me confundo, pues escribo *currente calamo*, sobre la obra jurídica de España en América, que publicó nuestra *Verbo*. Y, además, se fortaleció a través del trato con parte de su nue-

merosa familia. En ese reducto del tradicionalismo íntegro y encarnado que es San Jenaro, en Pichi Mahuida, La Pampa, donde el inolvidable caballero carlista José Ramón García Llorente y su ejemplar y distinguida esposa María Jesús Gallardo han cumplido el milagro de hacer florecer —en flores de hijos y nietos— el páramo, he tenido ocasión de disfrutar de la compañía de Guido (hijo), Alberto y Pablo Soaje, y de las hijas de éste, casadas con vástagos del matrimonio García Gallardo.

Guido Soaje pertenece a un mundo intelectual pero también vital que para desgracia nuestra ya no existe. Como mis maestros, y por la misericordia de Dios han sido muchos, son todos de su generación, puedo afirmarlo sin temor a errar: hoy todos somos peores; hasta los (y, ay, ni siquiera me cuento entre ellos) mejores. Su obra escrita, con ser valiosa, probablemente no hace justicia al hombre de una pieza. Las aristas de su personalidad son incluso de envidiar en el panorama crecientemente plano en que va convirtiéndose nuestra universidad y en general nuestro mundo. El pensamiento tradicional hispánico está de luto. A su familia y sus discípulos más cercanos, el más sentido pésame. Que, más ampliamente, nos embarga a todos los cultores de la filosofía práctica de signo clásico. Descanse en paz.

MIGUEL AYUSO

III

Ha muerto un filósofo, en una época en la que los sofistas abundan y los filósofos escasean (*).

Ha muerto un hombre amante de la Verdad que, desde muy joven, pidió a Dios, como Salomón, el espíritu de la sabiduría, y lo antepuso a los reinos y a los honores. Juzgó que las riquezas nada eran en comparación con ella; la amó más que la salud y la

(*) Reproducimos este texto, publicado en *Cabildo*, Buenos Aires, abril de 2005, 3.ª Época, núm. 45, que nos ha hecho llegar para su publicación nuestro querido colaborador el profesor Bernardino Montejano (N. de la R.).